

Filemón y Baucis, o el deseo de morir juntos. Una encina y un tilo quedaron entrelazados para siempre

Javier del Hoyo

Universidad Autónoma de Madrid

<https://dx.doi.org/10.5209/est.008.03>

La mitología clásica nos brinda narraciones de extraordinaria belleza. Muchos de estos relatos terminan en una transformación o metamorfosis en animal o árbol¹. En algunos se percibe la influencia de otras culturas vecinas, como la hebrea, cuyos relatos bíblicos han permanecido vivos hasta nuestros días. En varios de los mitos clásicos vemos que lo que realmente se nos transmite son conceptos universales, como el secreto deseo del hombre de alcanzar algo difícil o irrealizable, por ejemplo, la eterna voluntad de no morir nunca. En otras ocasiones –como la que ahora vamos a comentar– vemos que subyace el anhelo de tantos matrimonios que, tras haber vivido toda una vida juntos, desean también morir juntos, porque no pueden soportar ni la idea de seguir en este mundo sin la presencia del otro ni la pesadumbre interna de tener que enterrar un día a su ser querido². Esta realidad, que probablemente es universal, se designa en una lengua como el árabe con una palabra, *yaqburni*³, que en árabe significa literalmente «¡que me entierre a mí!», y hace referencia al

¹ De las 175 metamorfosis narradas por Ovidio, las más numerosas son las transformaciones en animales, 55; después en piedra, 27; en tercer lugar, en seres de la vegetación, 12. Consuelo Álvarez Morán y Rosa María Iglesias, «Introducción», en *Metamorfosis* 44-46 (Cátedra: Madrid, 1997).

² Un ejemplo, entre tantos, es el del filósofo Gustavo Bueno, que falleció el 7 de agosto de 2016, solo dos días después que su esposa, Carmen Sánchez. Enfermo desde hacía unos meses, había sufrido un infarto días antes y se encontraba muy débil y en silla de ruedas, como su esposa, con la que había contraído matrimonio en 1953 y a la que se encontraba estrechamente unido (*El Mundo digital*, 7-8-2016).

³ Elena Álvarez Mellado, *Anatomía de la lengua. Historias, curiosidades y porqués del idioma* (Vox: Barcelona, 2016), 111.

deseo de morir antes que perder a un ser querido y de que sea ese precisamente quien nos despidan.

1. Unos viajeros inesperados

El mito nos lo cuenta el mitógrafo latino Ovidio⁴ en el libro VIII de sus *Metamorfosis*⁵. Nos dice el poeta que en otro tiempo los dioses Júpiter y Mercurio, deseando conocer la hospitalidad de los hombres, se transformaron un día en mendigos⁶ y emprendieron un largo viaje⁷. Llegaron a Frigia, región situada al noroeste de la actual Turquía, en medio de una gran tormenta⁸, y allí fueron pidiendo a sus habitantes un lugar donde guarecerse y donde poder pasar la noche. Pero aquellos hombres, recelosos de dos peregrinos cuya identidad desconocían, duros de mente y de corazón, se negaron a hospedarlos⁹. Tan solo un matrimonio de ancianos, Filemón y Baucis, les permitió entrar en su humilde cabaña. Era baja y de reducidas dimensiones, cubierta de paja y cañizo. Tan pequeña era la choza que Júpiter y Mercurio tuvieron que agachar la cabeza para poder entrar, remarcando ese contraste de quien es el «padre de dioses y hombres»¹⁰, dueño del rayo y de la luz, que debe abajarse para entrar.

⁴ El relato se narra por primera vez en Ovidio (43 a. C. - 17 d. C.). Aunque tiene influencia del poeta griego Calímaco (Georges Lafaye, *Les Métamorphoses d'Ovide et leurs modèles grecs* (Hildesheim: Olms, 1971, 38), es original en Ovidio en cuanto a su composición y desarrollo.

⁵ Ovidio, *Metamorfosis* 620-724.

⁶ El mitema del camuflaje de alguien importante bajo la apariencia de un mendigo lo vemos ya en Ulises al llegar a Ítaca (Homero, *Odisea* XIV) y se continuará en la literatura a lo largo de los tiempos. Lo incluye Shakespeare en *Enrique V* (1599), donde el rey se disfraza de un soldado más para comprobar el ánimo de los soldados antes de la batalla, y para saber qué opinan del rey. Para el tema del mendigo en la literatura, véase Elisabeth Frenzel, *Diccionario de motivos de la literatura universal* (Madrid: Gredos, 1980), 212-219.

⁷ Esta prueba la habían hecho ya previamente Zeus y Hermes con el arcadio Licaón (Ovidio, *Metamorfosis* I, 209-252), a quien Zeus transformó en lobo a causa de su salvaje reacción, ya que le sirvió a la mesa a su propio hijo cocinado como muestra de hospitalidad, para saber si Zeus era omnisciente y podía adivinar de quién era aquella carne. También es célebre la visita que Ceres, vestida de anciana, hace a Céleo (Ovidio, *Fastos* IV, 507 ss), así como la de Júpiter, Mercurio y Neptuno a Hirio (Ovidio, *Fastos* V, 493 ss).

⁸ El tema de la tormenta hace de la hospitalidad algo más necesario y conmueve a su vez más al espectador por la mayor necesidad que tienen los peregrinos que solicitan ayuda. En películas de temática muy diversa se recoge este mitema, por ejemplo en *Knock Knock* (2015), nueva versión de *Death game* (1977), donde dos jóvenes llaman a la puerta de una casa completamente empapadas, donde serán acogidas por su morador.

⁹ Este mitema del recelo y hostilidad ante el extranjero lo tenemos de nuevo en el mito de Leto y los licios, también narrado por Ovidio (*Metamorfosis* VI, 340-386).

¹⁰ Homero, *Ilíada* I, 544.

Los dos ancianos eran de la misma edad, se habían casado muy jóvenes y habían envejecido juntos en aquella cabaña. No habían tenido hijos. Con su virtud y una austeridad admirable habían sabido sobrellevar los rigores con que vivían. Filemón les rogó que se sentaran en una banqueta sobre la que Baucis había colocado un poco de paja. Añadió luego hojas secas a las brasas que quedaban en el hogar y, a base de soplar, logró reavivar el fuego, para que pudieran secarse y calentarse.

Con amable sonrisa aceptaron los dioses lo que tan amorosamente se les ofrecía. Filemón echó agua caliente en una vasija para lavarles los pies¹¹. Les prepararon un asiento de madera de sauce¹², que ocupaba el centro de la habitación; tenía un mullido relleno de juncos, mientras que las patas y el armazón eran de mimbre. Filemón trajo unos cojines que reservaban solo para los días de fiesta, aunque también estaban ya viejos y gastados, pero los divinos huéspedes se sentaron gustosos sobre ellos para saborear la comida que estaban ya preparando.

Entonces la viejecita, con mano temblorosa, colocó una mesa de tres pies ante el banco de madera y, viendo que no se mantenía firme, introdujo un trozo de teja debajo de la pata corta¹³; luego perfumó la mesa frotándola con hierbabuena y sirvió la pobre comida. Había aceitunas; cerezas silvestres de otoño confitadas en un jugo espeso y transparente; un queso rústico y huevos asados en las cenizas del rescoldo. Todo lo sirvió Baucis en cuencos de barro;

¹¹ Lavar los pies era preceptivo cuando se acogía a un huésped, para demostrar hospitalidad y hacerle sentir como en su casa. Aparte de ser una norma de cortesía, lo era fundamentalmente de higiene, ya que los viajeros se desplazaban en general a pie, por caminos polvorientos, con unas sandalias abiertas, por lo que se iba adhiriendo toda la suciedad del camino, de modo que era la parte del cuerpo que se lavaba. Tras el baño de pies, de manos y cara, el huésped podía pasar ya a compartir la cena. Así lo vemos en el mundo bíblico tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Cuando Abraham salió al encuentro de tres visitantes celestiales y les dijo: «te ruego que no pases de largo junto a tu siervo. Que se te traiga un poco de agua, y lavad vuestros pies» (Génesis 18, 3-4). Más tarde, Labán mostró hospitalidad con el siervo de Abraham al darle «agua para lavar los pies de él, y los pies de los hombres que con él venían» (Génesis 24, 32). Los hermanos de José fueron recibidos por un varón en Egipto que «les dio agua, y lavaron sus pies» (Génesis 43, 24). Ya en el Nuevo Testamento lo vemos no solo en el lavatorio de los pies de la Última Cena (Juan 13, 1-20), sino en el banquete de Simón, donde una pecadora entró en la sala y le lavó los pies a Jesús con sus lágrimas y se los enjugó con sus cabellos. Jesucristo le echará en cara a Simón: «Entré en tu casa, no me lavaste los pies, pero esta bañó mis pies con sus lágrimas» (véase Lucas 6, 36-50).

¹² Es interesante comprobar el inventario y descripción de las distintas maderas que va a usar Ovidio a lo largo de este relato.

¹³ La descripción detallista, y casi cinematográfica, que va haciendo Ovidio de todas las situaciones le hace parecer un observador presente en la acción. Es interesante ver los toques de humor realista, como este de la teja.

trajo luego una jarra decorada y un bien tallado vaso de madera de haya, alisado en su interior con cera amarilla. El vino que sacó el honesto anfitrión no era ni muy añejo ni demasiado dulce, pero era el que tenían. Mientras comían, los anfitriones los entretuvieron con animadas conversaciones y dichos del lugar.

Con una horquilla de dos puntas descolgó ella un lomo de cerdo ahumado que colgaba de una negra viga; de este lomo cortó un pequeño trozo y lo ablandó en agua hirviendo. A continuación sirvieron las viandas calientes; más tarde retiraron las copas con el fin de dejar sitio para el postre. Fueron servidas nueces, higos y dátiles, dos cestitas con ciruelas y aromáticas manzanas, y no faltaron tampoco uvas de la purpúrea parra; destacaba en el centro un blanco panal de miel silvestre. La comida resultó frugal, pero la mejor salsa fueron, sin duda, los rostros hospitalarios y bondadosos de los dos ancianos, en los que se reflejaba una gran liberalidad y candor.

Mientras disfrutaban saboreando las viandas y bebidas, Filemón observó que, a pesar de que les había llenado una y otra vez las copas, el jarro nunca se vaciaba y el vino llegaba en todo momento hasta el borde. Comprendió entonces, con cierto temor y sobresalto, a quiénes estaba albergando. Llenos de angustia, él y su anciana esposa, rogaron a sus huéspedes, con los brazos levantados y la mirada baja en señal de sumisión, que considerasen con benignidad aquel pobre convite y no se ofendieran por la defectuosa acogida. ¡Ah!, ¿qué podían ofrecer ellos a unos celestiales huéspedes?

En ese momento Filemón se quedó un momento pensando y gritó: «¡El ganso!». Sí, fuera, en el pequeño corral, tenían un ganso, guardián de la pequeña granja, que constituía ya su única reserva de comida, y pensaron en sacrificarlo enseguida para obsequiar a los dioses. Salieron ambos corriendo, pero el animal era más ligero que sus dueños, lentos por su vejez; con graznidos y aletazos escapó al jadeante viejo, forzándole a correr en todas las direcciones, hasta que por fin se adentró en la casa y fue a refugiarse entre los forasteros, como pidiéndoles protección¹⁴. Y la protección le fue concedida, aludiendo Júpiter que no era necesario sacrificarlo, puesto que tenían que marcharse.

¹⁴ Este pasaje recuerda al cisne que perseguido por un águila vino a refugiarse en el regazo de Leda pidiendo protección (Higino, *Fábulas* 77). El hecho de que sea ahora Júpiter quien lo proteja parece tener una intención irónica.

2. El reconocimiento

Los invitados, saliendo al paso del celo de los ancianos, les dijeron con una sonrisa en los labios:

¡Somos dioses! Para probar los sentimientos hospitalarios de los humanos hemos bajado a la Tierra. Vuestros vecinos se han mostrado desalmados y no escapan al castigo; en cuanto a vosotros, dejad esta casa y seguidnos a lo alto de la montaña, para no sufrir sin culpa la sanción que aguarda a los culpables¹⁵.

Los viejos obedecieron. Apoyándose en sus bastones, emprendieron penosamente la subida del empinado monte. Les faltaba aún un trecho para llegar a la cúspide, cuando, volviendo atrás los ojos, contemplaron toda la campiña inundada, convertida ya en un inmenso lago; de entre todos los edificios, solo su cabaña emergía. Mientras observaban atónitos aquel espectáculo, deplorando la suerte de los demás habitantes¹⁶, he aquí que la pobre y vieja cabaña se transformó de pronto en un esbelto y rico templo; sostenido sobre columnas, brillaba la dorada techumbre y la paja del suelo se había convertido en brillante mármol.

Entonces Júpiter se dirigió con semblante bondadoso a los viejos, que estaban aún perplejos, y les dijo: «Dime tú, honrado anciano, y tú, su digna esposa, ¿cuál es vuestro mayor deseo?».

Tras intercambiar unas palabras con su esposa, respondió Filemón: «¡Quiéramos ser los sacerdotes de ese templo! Y puesto que tantos años hemos vivido en plena armonía, haz que los dos muramos en el mismo instante; de ese modo no tendré yo que ver nunca la tumba de mi querida esposa, ni tendré que ser sepultado por ella»¹⁷.

Su deseo fue realizado. Ambos fueron los guardianes del templo durante el resto de su vida, y cuando un día, curvados ya bajo el peso de los años, se encontraban juntos ante las gradas del altar pensando en el maravilloso destino que les aguardaba, de pronto vio Baucis cómo el cuerpo de Filemón se cubría

¹⁵ Ovidio, *Metamorfosis* VIII, 690-693 (Versión propia del texto latino).

¹⁶ Hay, asimismo, en este mito un eco del de Deucalión y Pirra, únicos que se salvan del diluvio (Ovidio, *Metamorfosis* I, 313-437).

¹⁷ Ovidio, *Metamorfosis* VIII, 707-710, traducción de C. Álvarez Morán y R. María Iglesias, (Madrid: Cátedra, 1997), 499.

de hojas, mientras que el suyo se transformaba también en verde follaje y en torno a sus rostros se levantaron sendas copas.

–¡Adiós, querida esposa! –balbució Filemón.

–¡Adiós, amado! –se repitieron mientras les quedó aún un hilo de voz.

Lo dijeron a la vez, y a la vez una corteza ocultó sus rostros. Y así terminó sus días esta sencilla y digna pareja; él, metamorfoseado en encina, y ella, en tilo¹⁸; entrelazadas sus raíces y su ramaje. Y allí continúan juntos tras la muerte, inseparables, como lo fueron en vida¹⁹. «Todavía los habitantes de Bitinia muestran allí dos troncos vecinos que salen de un doble cuerpo»²⁰. Ovidio terminará su relato con una enseñanza moral: «Que sean dioses los cuidadores de los dioses y reciban culto los que rindieron culto»²¹.

3. Ecos bíblicos

En el transcurso del relato cualquiera ha podido identificar los principales mitemas de esta narración con algunos pasajes paralelos del Antiguo y Nuevo Testamento. Los dioses que buscan hospitalidad entre los humanos nos recuerdan la escena de aquellos tres huéspedes inesperados que se presentan ante la tienda de Abraham, la célebre teofanía junto a la encina de Mambré²². También Abraham, anfitrión modélico, fue rápidamente a preparar comida y bebida, sacrificando la mejor pieza de la vacada y, tras la cena, vino la promesa de que tendría una gran descendencia²³. Es decir, nos encontramos varios

¹⁸ Frente a otros mitos etiológicos, como la transformación de Jacinto en la flor de jacinto (Ovidio, *Metamorfosis* X, 162–219), de Dafne en laurel (Ovidio, *Metamorfosis* I, 452–566), de Narciso en narciso (Ovidio, *Metamorfosis* III, 339–510), etc., no se ve muy bien por qué esta combinación de encina y tilo, que son dos árboles que aparentemente –al menos desde el punto de vista de la vegetación– nada tienen que ver.

¹⁹ El propio Ovidio narra una historia parecida en cuanto al final entre Croco y Esmílace (el azafrán y la campanilla), una historia de amor en que los enamorados terminan transformados en las plantas a las que dan sus propios nombres (*Metamorfosis* IV, 283).

²⁰ Ovidio, *Metamorfosis* VIII, 720, traducción de C. Álvarez Morán y R. María Iglesias, (Madrid: Cátedra, 1997), 499.

²¹ Ovidio, *Metamorfosis* VIII, 724, traducción de C. Álvarez Morán y R. María Iglesias, (Madrid: Cátedra, 1997), 499.

²² Génesis 18, 1–5.

²³ Génesis 18, 10.

mitemas básicos: la teofanía inesperada, la prueba del dios a los hombres, la respuesta generosa (*pietas in deos*) y la recompensa.

Por otro lado, el castigo a la ciudad por su impiedad, inundándola, nos recuerda tanto el diluvio, que recae sobre toda la humanidad²⁴, como el castigo sobre Sodoma y Gomorra, con la misma indicación a los justos de que no vuelvan la vista atrás²⁵. Ya sabemos que volver la vista atrás le supuso a la mujer de Lot ser convertida en una estatua de sal²⁶. Esta salvación sujeta a una condición y su carácter irreversible y sin excepciones lo vemos a su vez en otro mito clásico. Así, Orfeo logra de Hades el cuerpo de su amada Eurídice, pero con una condición, no volver la vista atrás. Cuenta Virgilio en el libro IV de las *Geórgicas*, que cuando ya se comenzaba a divisar la luz que anunciaba la proximidad de la salida a la tierra, no oyendo los pasos de su amada y dudando si habría sido burlado por el propio Hades, miró hacia atrás para comprobar que ella le seguía, y en ese momento la perdió para siempre²⁷, tal y como vemos en un relieve helenístico que se conserva en el Museo Arqueológico de Nápoles (nº inventario 6727).

También la jarra de vino que nunca se agota nos evoca pasajes milagrosos en que la generosidad es recompensada con un dar sin agotar la fuente. En efecto, en el primer libro de los Reyes se nos cuenta la historia del profeta Elías con la viuda de Sarepta, una mujer tan pobre que vivía con su hijo y estaba esperando la muerte. «Entonces ella fue e hizo como le dijo Elías; y comieron durante muchos días él, ella, y su casa. Y la harina de la tinaja no escaseó, ni la orza de aceite se vació, conforme a la palabra que Yavé había pronunciado por Elías»²⁸.

La idea de un Dios que se abaja y se mezcla entre los hombres nos lleva a la encarnación. El Nuevo Testamento se inicia con la aparición de un Dios con forma de hombre, que no es recibido por los hombres: «Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron»²⁹, pero se verá acogido por los más pobres, por los pastores que vivían fuera de la ciudad de Belén y aparecían ante los hombres como fuera de la ley, pero que le dan todo lo que tienen³⁰.

²⁴ Génesis 7. La idea del diluvio como un castigo ejemplar y colectivo está presente en distintas culturas de la Antigüedad (cf. Rafael Jiménez Zamudio, «El tema del diluvio en Ovidio y sus precedentes en las literaturas orientales», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 22/2, 2002: 399-428).

²⁵ Génesis 19.

²⁶ Génesis 19, 26.

²⁷ Virgilio, *Geórgicas* IV, 453 ss.

²⁸ I Reyes 17, 15.

²⁹ Juan 1, 11.

³⁰ Lucas 2, 15-20.

Del mismo modo, vemos la enorme generosidad del pobre matrimonio que dio todo lo que tenía, aunque fuera poco. Esa misma situación fue alabada por Jesucristo a propósito de la ofrenda de la viuda en el Templo de Jerusalén.

Jesús estaba una vez sentado frente a los cofres de las ofrendas, mirando cómo la gente echaba dinero en ellos. Muchos ricos echaban mucho dinero. En esto llegó una viuda pobre, y echó en uno de los cofres dos moneditas de cobre, de muy poco valor. Entonces Jesús llamó a sus discípulos, y les dijo: «Les aseguro que esta viuda pobre ha dado más que todos los otros que echan dinero en los cofres; pues todos dan de lo que les sobra, pero ella, en su pobreza, ha dado todo lo que tenía para vivir»³¹.

El mito ha tenido una gran fortuna en la historia de la literatura³². En Goethe aparece hasta once veces, siendo notable en la segunda parte de *Fausto* (1832), en que el nombre de Filemón y Baucis representa un símbolo de la vida de una pareja piadosa y humilde.

4. Pervivencia en las artes plásticas

El bellissimo mito ha sido llevado a la pintura repetidamente, sobre todo a partir del barroco. Dos momentos claves de la narración han sido inmortalizados por los artistas: el instante en que Baucis intenta agarrar al ganso para ofrecérselo a los dos peregrinos en comida; que podría ser un motivo de desarrollo de los bodegones. Así, son destacables entre otros muchos el cuadro de Rubens, pintado entre 1620 y 1625, que se encuentra en el Kunsthistorisches Museum de Viena (Fig. 1); el de Jacob dan Oost, que parece datar de 1621 y puede verse en el Fine Arts Museum of San Francisco; el de Jacob Jordaens, realizado en 1645, conservado en el North Carolina Museum of Art (Fig. 2); o el de Jean-Baptiste Restout, de 1769, que se encuentra en el Museo de Bellas Artes de Tours. Del círculo de Andrea Appiani, quizás su autor sea Stefano Tofanelli, tenemos un cuadro de fecha incierta, que se centra en el servicio de la comida (Fig. 3).

³¹ Marcos 12, 41-44.

³² Elisabeth Frenzel, *Diccionario de argumentos de la literatura universal* (Madrid, Gredos, 1994), 182-184.

Un segundo momento registrado en la pintura es aquel en el que los dos ancianos se vuelven a contemplar la llanura anegada, y ellos son convertidos en dos árboles. Este motivo fue pintado también por Rubens en un cuadro fechado entre 1620 y 1636 (Fig. 4), en que destaca la naturaleza, el agua, la catástrofe natural ocurrida. Se conserva en Viena, en el Kunsthistorisches Museum.

La fábula también ha sido llevada a la ópera. Así, Charles Gunod estrenó en 1860 en París un *Philémon et Baucis*, basada a su vez en la fábula que La Fontaine escribió sobre este tema, apoyada en el relato de Ovidio.



Figura 1. Pedro Pablo Rubens, *Filemón y Baucis reciben a Júpiter y Mercurio*, 1620-1625. Fuente: Kunsthistorisches Museum de Viena. <https://www.khm.at/objektdb/detail/1642/>



Figura 2. Jacob Jordaens, *Júpiter y Mercurio en casa de Filemón y Baucis*, 1645. Fuente: Fine Arts Museum of San Francisco. <https://www.famsf.org/artworks/mercury-and-jupiter-in-the-house-of-philemon-and-baucis>



Figura 3. Círculo de Andrea Appiani, *Hospitalidad de los ancianos*, s. XVIII. Fuente: Dorotheum (Casa de Subastas) a través de Wikipedia.



Figura 4. Pedro Pablo Rubens, *Filemón y Baucis contemplan el castigo de los dioses*, 1620-1636. Fuente: Kunsthistorisches Museum de Viena. <https://www.khm.at/objektdb/detail/1630/>

Referencias bibliográficas

Fuentes primarias

- Biblia*. Traducción de Francisco Cantera Burgos y Manuel Iglesias González. Madrid: BAC, 1975.
- Higino. *Fábulas*. Traducción de Javier del Hoyo y José Miguel García Ruiz. Madrid, Gredos, 2009.
- Homero. *Iliada*. Traducción de Emilio Crespo Güemes. Madrid: Gredos, 1992.
- Homero. *Odisea*. Traducción de José Manuel Pabón. Madrid: Gredos, 1982.
- Ovidio. *Fastos*. Traducción de Manuel Antonio Marcos Casquero. León: Universidad de León, 1990.
- Ovidio. *Metamorfosis*. Traducción de Consuelo Álvarez Morán y Rosa María Iglesias. Madrid: Cátedra, 1997.
- Virgilio. *Geórgicas*. Traducción de Tomás de la Ascensión Recio García. Madrid: Gredos, 1993.

Fuentes secundarias

- Álvarez Morán, María Consuelo y Rosa María Iglesias Montiel. «Introducción». En *Metamorfosis*, 9-186. Madrid: Cátedra, 1997.
- Álvarez Mellado, Elena. *Anatomía de la lengua. Historias, curiosidades y porqués del idioma*. Barcelona, Vox: 2016.
- Frenzel, Elisabeth. *Diccionario de motivos de la literatura universal*. Gredos: Madrid, 1980.
- Frenzel, Elisabeth. *Diccionario de argumentos de la literatura universal*. Gredos: Madrid, 1994.
- Jiménez Zamudio, Rafael. «El tema del diluvio en Ovidio y sus precedentes en las literaturas orientales». *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 22/2 (2002): 399-428.
- Lafaye, Georges. *Les Métamorphoses d'Ovide et leurs modèles grecs*. Hildesheim: George Olms, 1971 (= París 1904).